

The Black Christ of Esquipulas: religion and identity in Guatemala

Douglas Sullivan-González.

Lincoln, University of Nebraska Press, 2016, pp. 208.

Resumen

A través de la intersección entre religiosidad e identidad, revisando cuatrosientos años de la historia de Guatemala, el historiador Douglas Sullivan-González logra, a través de esta obra, enfatizar el papel de la imagen del Cristo Negro de Esquipulas, cargada de gran contenido simbólico que traspasa las fronteras guatemaltecas, en las luchas sociales y políticas guatemaltecas.

Palabras clave: identidad, religión, religiosidad, conflicto, Guatemala

El libro *The Black Christ of Esquipulas* es una aproximación de larga duración a la historia de las luchas sociales y políticas en Guatemala, más un recuento histórico crítico de la creación de la devoción en torno a la imagen del Cristo de Esquipulas. Estas temáticas, aunque ajenas en apariencia, son aunadas en una exposición amena y bien argumentada, a lo largo de un poco más de doscientas páginas. El autor, Douglas Sullivan-González, es profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Mississippi y autor de uno de los trabajos más reconocidos sobre religión, política y nación en la Guatemala decimonónica: *Piety, power, and politics*.

Por medio de la imagen del Cristo de Esquipulas, el motor principal de la investigación de Sullivan-González es el análisis de cambios y continuidades, así como aspectos relacionados con raza y etnicidad, entrelazados con la conciencia de clase y el papel desempeñado por el conflicto y la violencia en la construcción de la identidad en Guatemala. Sumado a ello, la obra también se enfoca en otros aspectos, tales como la religión y la religiosidad en el pasado de Guatemala, así como los conflictos entre Iglesia y Estado, el papel de la geografía y el regionalismo en términos sociopolíticos, y, finalmente, la interacción entre aspectos culturales y materiales. Todo esto aunado con las motivaciones de los actores en función de los intereses particulares e, incluso, comunitarios, entendido a través de la categoría sociológica de “agencia”.

Sullivan-González se enfrenta al primer reto que supone la extensa producción académica que existe en torno a la imagen, tanto desde perspectivas antropológicas como históricas. Así, desde los trabajos del etnólogo Stephen E. Borgheyi, las numerosas publicaciones que el antropólogo Carlos Navarrete ha dedicado al tema, hasta los trabajos del historiador Daniele Pompejano y los elaborados por varios historiadores del arte, suman un extenso precedente que imposibilitaría una perspectiva plenamente novedosa. No obstante, la intersección de temáticas y la perspectiva amplia en términos temporales hacen del trabajo de Sullivan-González un estudio ambicioso.

La identidad, ligada a aspectos étnicos y raciales, así como el conflicto, son temáticas que el autor logra desarrollar a través de los siglos de dominación colonial, hasta los dos posteriores, mediante una narrativa que sigue de cerca los cambios de la imagen, tanto en el nivel material como en el de las representaciones. Esto gracias al análisis de una cantidad considerable de documentación que le permite poner de manifiesto los debates y controversias en torno a la apariencia de la imagen, apelando no solo al color *per sé*, sino también a las reacciones a través del tiempo en torno a la negritud de la imagen, con todo y sus implicaciones simbólicas. Además, debido a los usos que esta tuvo desde el siglo XVIII, es posible apreciar, mediante la argumentación excepcional que hace el autor, una superposición de elementos culturales, políticos y sociales.

En el primer capítulo, se expone la conjugación de violencia, etnicidad y la evolución del poder eclesiástico en la colonia, teniendo como colofón la experiencia de la convulsión sociopolítica a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. En medio de todo ello, se inserta la religiosidad indígena en torno a la imagen y, sumado a ello, la inclusión de los ladinos -categoría que se resignificó en el esfuerzo por homogenizar a la “gente mezclada”- al desarrollo de la devoción. Así, se trata de un análisis de los sucesos en torno a la conquista y el papel jugado por la violencia en la conformación de la regla colonial, además de la genealogía de la categoría “ladino”, racializada para el período colonial tardío. En este sentido, da un panorama amplio de los significados de la otredad en la Guatemala colonial, que veía el surgimiento de una complejidad étnica que influenciaría los debates sobre el color en la posteridad. Para finalizar el capítulo, explica los orígenes de la devoción y el

mito sobre la imagen y el santuario, con todo y sus implicaciones multiétnicas, con especial énfasis en el siglo XVIII.

Seguidamente, Sullivan-González estudia, en el segundo capítulo, las mutaciones que, junto con el culto a la imagen y el santuario en Esquipulas, sufrió la percepción sobre la otredad, en medio de la construcción de una identidad, en un periodo de luchas violentas entre liberales anticlericales y conservadores, después de 1821. En este sentido, analiza el papel jugado por ambas posiciones y, por otro lado, la influencia de la Iglesia y la religión en el actuar político de la población ladina desde 1821 hasta la década de 1830. En especial, la imagen del Cristo de Esquipulas en esta época es resaltada por el reverendo Miguel Muñoz, apologista de la religión católica, quien es enfatizado por Sullivan-González al final de este capítulo como uno de los encargados de rastrear los orígenes de la imagen, así como también fue responsable de dar cuenta del desplazamiento del fervor en torno a ella, dejando al santuario como un espacio de peregrinación, hacia la década de 1820, para indígenas y ladinos, en detrimento de las peregrinaciones criollas, lo cual había sido producto, según Sullivan, siguiendo el relato de Muñoz, de los enfrentamientos políticos de la época.

El tercer capítulo es aprovechado por el autor para exponer los sucesos violentos, acaecidos en la década de 1830, en donde se deja ver el uso categorial que Sullivan-González hace de la “agencia”, respecto a los actores analizados. En especial, resalta el papel de Carrera, así como su relación, no necesariamente armoniosa, con la religión, la Iglesia y otros grupos de poder. Por otro lado, el color de la imagen del Santuario de Esquipulas fue un aspecto central para el discurso racial decimonónico, por lo que representó un reto importante el reavivar el culto más allá de la población no-blanca. Así, someterla a un proceso de blanquitud fue menester, en especial para el mencionado reverendo Muñoz. Aunque el capítulo expone claramente la relación del color, la otredad y el Cristo de Esquipulas, hubiera sido interesante enlazar esto con los debates generados en torno a Rafael Carrera y los estereotipos de la época, mostrando el desplazamiento de las categorías que, como Sullivan-González explica, para el siglo XIX correspondían a un horizonte marcado por la “raza”.

Uno de los capítulos mejores documentados con material de archivo es el cuarto. En este, el autor expone los retos a los que se enfrentó la Iglesia Católica debido al segundo ascenso liberal en la década de 1870. Así, durante el llamado periodo liberal, la posición del catolicismo respecto a la oficialidad no puede trazarse en un *continuum*, aunque los intentos por revitalizar la institución eclesiástica fueron una constante. Con esto, el Cristo de Esquipulas, llamado a partir de inicios del siglo XX como el “Cristo Negro” también dio cuenta de lo que Sullivan-González identifica como “racialización del lenguaje” en Guatemala y Centroamérica, lo que implica, como explica el autor, que el color tomó un papel central en la definición de la identidad para los contemporáneos. Resalta, en especial, la figura de Juan Paz Solórzano para impulsar el culto de la imagen, forjando una representación de esta que alcanza a la devoción actual.

En el quinto capítulo, el autor explica la trascendencia de la imagen para la historia política de Guatemala a mediados del siglo XX. Esta, en medio de un proceso de resignificación, con todo y su color, como explica Sullivan-González, se popularizó aún más y alcanzó, incluso, a la élite guatemalteca. Con el fortalecimiento de la Iglesia en el plano político a través del gobierno eclesiástico del arzobispo Mariano Rossell y Arellano, quien ha sido revisitado a la luz de una gran cantidad de perspectivas desde hace varias décadas en la historiografía de y sobre Guatemala, la imagen se convirtió en un símbolo que, gracias a su profundo arraigo regional y su reciente trascendencia en el plano nacional, fue útil para confrontar abiertamente al gobierno de Jacobo Árbenz y, así, lograr su derrocamiento hacia 1954. Sin embargo, el color, una vez más, fue un asunto de incomodidad que, con la diseminación de una imagen politizada, también se incluyó un proceso de blanqueamiento de la misma.

Finalmente, en un breve y último capítulo, Sullivan-González reflexiona en torno a los cambios y continuidades que han rodeado al Cristo de Esquipulas, haciendo hincapié en cómo la imagen se ha convertido en un símbolo regional que traspasa las fronteras nacionales. Además, a través de una rápida revisión a los procesos concernientes al papel de la Iglesia en la historia reciente de Guatemala, hace énfasis en la relevancia del santuario y la imagen en el proceso que daría fin a la guerra civil. Para concluir, dando cuenta de los recientes debates en torno a su color -junto con sus implicaciones simbólicas, Sullivan-

González es acertado en notar cómo, junto con las personas, las imágenes cambian, como lo demuestra el Cristo Negro de Esquipulas, como es conocido en la actualidad.

El libro cuenta con un aparato crítico extenso que logra sustentar el trabajo, fruto de la consulta de diversas fuentes. Esto incluye obras contemporáneas a los períodos analizados por el autor, así como abundante material de archivo, aunque, mayoritariamente, para el análisis del siglo XIX e inicios del siglo XX. Además, incluye fuentes de origen hemerográfico. Pese a la especialización mostrada por Sullivan-González en el siglo XIX, la obra deja ver la capacidad del autor de profundizar en el pasado mediante una mirada de largo alcance, logrando poner en diálogo cuatro siglos de historia. En suma, se trata de una obra que anima al debate sobre Guatemala y Centroamérica en torno a la construcción de identidades, discursos y políticas raciales, así como a analizar con mayor profundidad el papel que la religión ha tenido en delinear la historia política y social a nivel local, nacional y regional.